

# UNA HAZAÑA DE MUJER

SIR JUAN COCHRANE había sido condenado a muerte y encerrado en el presidio de Edimburgo que se muestra en el grabado. Refrenando los sentimientos de su corazón, había tratado de evitar que fuera a visitarle ninguno de sus hijos, pues condenado por haber tomado parte en una insurrección contra el nuevo rey Jacobo II, temió que recayeran sospechas sobre ellos si le visitaban; cuando he aquí que el día menos pensado recibió la visita de su hija Grizel.

La entrevista fué muy triste, pues únicamente les era dado ver un débil rayo de luz. El padre de Sir Juan se había dirigido por escrito al confesor del rey, que gozaba de gran influencia, por ser el monarca muy dado a las cosas de la Iglesia pidiendo el indulto de su hijo; pero el tiempo apremiaba. El viaje hasta Londres representaba algunos días perdidos, y si el indulto no llegaba pronto, Sir Juan moriría irremisiblemente; por otra parte, la sentencia debía de hallarse ya camino de Edimburgo.

Mientras hablaban acerca de lo desesperado de la situación, ocurriósele una idea a Grizel, y determinó ponerla por obra sin la menor dilación.

Al día siguiente, montó a caballo y tomó el camino del Sur. Se dirigió primeramente a casa de su antigua nodriza, pidióle los vestidos de su hermano de leche y prosiguió su viaje en busca del mensajero que debía llevar firmada la sentencia de muerte de su padre. Descubierta la posada en la cual se hallaba el mensajero, encontró a éste durmiendo exhausto de fatiga por la larga jornada. Pero, como le viese dormido sobre la balija, y por otra parte no se atreviese a quitársela, se acercó a él cuidadosamente y le descargó las pistolas. Montó de nuevo, se alejó, y en cuanto estuvo a cierta distancia de la posada, esperó a que pasase el mensajero.

Poco después, pasó éste montado a caballo, y entonces Grizel, haciéndose la encontradiza, le saludó afablemente, entabló con él conversación, y anduvo largo trecho a su lado. Cuando estuvo ya segura de que había de salirle bien el golpe que proyectaba, le dijo con gran calma que debía entregarle sin dilación la balija. Creyó al principio el mensajero que el joven (no podía él suponer que fuese una muchacha), le hablaba en broma; pero, ya colérico al ver que persistía en su pretensión, cuando la joven le apuntó con un pistolete, él sacó uno de los suyos y disparó.

¡Cúal no fué su sorpresa al advertir que el arma estaba descargada! Echó mano a la otra pistola, mas como le diese igual resultado, saltó del caballo para arrojarse sobre el que de aquella manera le asaltaba; pero la joven,

rápida como el rayo, cogió por la rienda el caballo del mensajero y huyó con él a todo galope; esto era lo bastante, porque la balija estaba atada a la silla. Tras una desenfrenada carrera, llegó a un bosque en donde pudo abrir tranquilamente la balija, se apoderó de la sentencia de muerte, se dirigió al galope a la casa de su nodriza, cambió sus vestidos y regresó a Edimburgo.

El no haberse entregado la sentencia causó la dilación consiguiente, gracias a la cual el padre de Sir Juan tuvo tiempo de proponer al rey una oferta en dinero; aceptó el monarca y Sir Juan se libró de la muerte.

## UN DELANTAL LLENO DE PÓLVORA

EL padre de Isabel Zane, jefe de su sección en las soledades de Ohío, en los Estados Unidos, tenía a su mando un pequeño fuerte edificado para defenderse de los ingleses y sus salvajes aliados, durante la guerra de la Independencia norteamericana. Aunque no había grandes batallas después de la rendición de Cornwallis, en 1781, no llegó la paz a los Estados occidentales sino después de algunos años.

Era un día de otoño de 1782. La tarde íbase apagando lentamente en las cercanías del pequeño fuerte de madera. El puñado de hombres y mujeres que se hallaban detrás de las empalizadas, observaba el descenso del sol con inmensa ansiedad en sus corazones, porque en las espesas sombras del bosque, a la otra parte del claro, estaban ocultos los indios, vigilando incesantemente a los sitiados y dispuestos a cada momento a caer sobre ellos para exterminarlos. Nadie en el pequeño fuerte desconocía los males que en aquella noche podían sobrevenir. Además, había caído sobre la guarnición una terrible calamidad; se hallaban sin pólvora. Los hombres, paseándose, inquietos junto a la empalizada, miraban a cada momento sus bolsas de pólvora vacías y el pequeño grupo de mujeres y niños, lo más querido que para ellos había en el mundo. Muchos ojos estaban fijos en una pequeña choza que había en el claro del bosque, la cual debía ser sumamente importante, pues los hombres la miraban con una mezcla de esperanza y de desesperación.

Casi bajo el muro formado por la estacada, en aquella pequeña choza, había abundante provisión de pólvora, que por una equivocación no había sido entrada en el fuerte. Dos o tres valientes estaban allí para defender la pólvora, pero se hallaban a unos treinta metros. En cada centímetro de esta distancia acechaba la muerte, que vendría de manos de los salvajes que atisbaban emboscados en la sombra de los árboles.

Reuniéronse los hombres para tratar de la situación, y todos convinieron en que era de todo punto necesario obtener un barrilito de pólvora... ¡y al instante! Varios jóvenes se ofrecieron ansiosos para ir en busca de la pólvora, pero ninguno de aquel puñado de hombres podía dejar su puesto en la empalizada, y las sombras crecían a medida que se discutía el caso.

De pronto, una débil y clara voz de mujer interrumpió la conferencia. Era una joven, la hija del comandante del fuerte, Isabel Zane.

—He oído vuestra conversación—dijo decidida;—no creo que ninguno de vuestros planes sea acertado. Voy yo por la pólvora.

Un murmullo de rápida protesta salió de todos los labios.

—No—dijeron;—esto es cosa de hombres.

—Lo sé, pero ninguno de vosotros puede dejar su sitio—repuso Isabel con calma.—Una mujer no se echa de menos en la defensa de un fuerte.

Zane había estado mirando a su hija, pensativo y cejijunto.

—La muchacha tiene razón—dijo al fin, haciendo un esfuerzo para dominar sus sentimientos paternales.—¡Que vaya!

Entreabierta que fué la entrada del fuerte, salió Isabel y deslizóse por entre las sombras. Los ansiosos centinelas vieron desde la estacada la grácil figura

que atravesaba, entre tinieblas, el claro, en dirección a la choza. Por un momento llamó la joven a la puerta con sus blancas manos levantadas; abrióse la choza e Isabel se deslizó en el interior. Casi por un milagro había llegado allí sin que la vieran los enemigos.

Semejantes a horas fueron aquellos minutos transcurridos antes de que se vieran señales de abrirse nuevamente la puerta. Luego ésta se entreabrió un poco y salió Isabel. Sostenía su delantal de cuadros, donde parecía llevar algo que apretaba contra su pecho. Por el campo lleno de rastrojo avanzó rápidamente su figura, mientras los hombres del fuerte empuñaban sus mosquetes, hasta entonces inútiles.

Salvaje y horrible gritería estremeció de pronto el aire de la noche; Isabel había sido descubierta. Una lluvia de saetas y de balas voló en torno de la pequeña figura, que escapaba a todo correr, mientras algunos salvajes salían del bosque, aullando en su persecución. La heroica muchacha vaciló un momento. Su padre ocultó la cara con las manos. ¡Oh! ¿por qué habían plantado aquel campo de trigo en primavera? No; ya estaba la joven otra vez de pie... Volvía la heroína a correr con su preciosa carga, que todavía estrechaba en su seno. Casi ha llegado ya. ¡Abrese la puerta!... ¡Aprisa! Robustos brazos la meten apresuradamente en el fuerte, y la puerta queda cerrada de golpe... Era ya tiempo, porque una violenta lluvia de balas chocaba con estrépito contra la empalizada.

Pero ¿quién se inquieta ya por las balas? El fuerte se ha salvado, porque Isabel, en el delantal de cuadros que llevaba fuertemente abrazado, llevaba la pólvora suficiente para rechazar al enemigo y mantenerse en el fuerte hasta la llegada de refuerzos.

## EN EL LAGO MÍCHIGAN A MEDIA NOCHE

EN Agosto de 1906, la mayor parte de los periódicos de los Estados Unidos referían la historia de una hazaña llevada a cabo por un joven de 19 años llamado Eduino A. Crolius.

Acompañado de otros cuatro jóvenes, emprendió un viaje de recreo en un pequeño yate de vela por el lago Míchigan (Estados Unidos). Al anochecer fueron sorprendidos por la borrasca, y, después de haber luchado animosamente contra viento y marea, su barco dió la vuelta y quedó con la quilla al aire. Con grandes dificultades lograron los cinco encontrar, en medio de la gran oscuridad, el yate volcado, al cual permanecieron asidos durante algunas horas, con la vana esperanza de que pasaría cerca algún barco y les recogería. Mientras tanto, la lluvia caía sobre ellos fría y furiosamente y el pequeño yate zozobraba y se iba hundiendo por momentos, sin que, después de pasar hora tras hora, llegase la ayuda esperada.

En una ocasión, imaginando ver la luz de una de las goletas del lago, dieron algunos gritos que se llevó el viento o apagó la lluvia, y la luz desapareció en la negrura de la noche. A medida que iba pasando el tiempo, los náufragos eran arrojados cada vez más hacia el Sur, y gradualmente fueron divisando la extensión nebulosa de luz a través de la lluvia, por la cual conocieron que no distaban de Chicago quizás más de dos millas.

¡Sólo dos millas! Los jóvenes que no eran buenos nadadores, no se atrevieron a nadar en medio de la oscuridad, fríos y rígidos como se hallaban por las largas horas que habían estado asidos del yate dentro del agua.

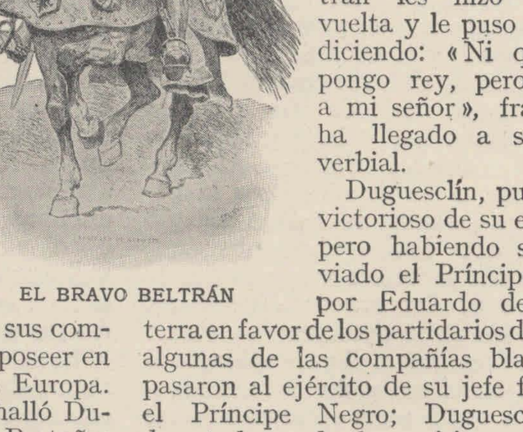
El débil sonido de las campanas, que anunciaban la media noche, llegó hasta ellos con horrible acento a través de la incesante lluvia. Todos convinieron en que era necesario hacer algo y pronto; pues dos de ellos temblaban ya ateridos de frío. Crolius, el más joven de todos, pero el mejor nadador, se ofreció a llegar a nado hasta Chicago a buscar socorro. Sus camaradas quisieron disuadirle de su peligrosa empresa, mas el muchacho replicó que había llegado el momento crítico en que, si no querían

perecer todos, debía uno de ellos hacer el último esfuerzo; y diciendo esto, se arrojó animosamente en medio de las olas. Después de una hora de lucha desesperada contra los elementos, consiguió llegar a Chicago, donde en el acto se organizó una partida de salvamento, logrando así Crolius retornar a sus compañeros sanos y salvos a tierra. Aparte la fatiga y el susto consiguiente, la aventura no tuvo malas consecuencias para los jóvenes.

# EL BRAVO CONDESTABLE DUGUESCLÍN

LOS franceses han glorificado el nombre de Duguesclín, héroe de la Edad Media. Todavía hoy los niños franceses escuchan encantados los relatos de sus dichos y hechos.

Beltrán Duguesclín nació allá por los años de 1314 a 1320, en un castillo de Bretaña. Seguramente que de niño no fué muy simpático; por el contrario, se distinguía por ser testarudo, caprichoso, pendenciero, siempre dispuesto a reñir con todo el mundo. Un antiguo cronista dice de él que era el niño más feo entre Rennes y Dinant, amigo de vagabundear con otros muchachos y a quien nunca se logró hacerle aprender una letra. Por lo menos no puede negarse que era sumamente indócil e inquieto; a los diez y seis años huyó de la casa paterna.



EL BRAVO BELTRÁN

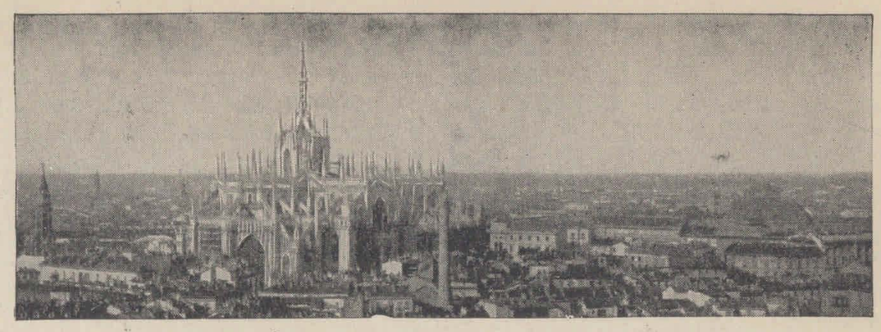
Pero, a pesar de todos sus defectos, el muchacho poseía todas las dotes de un gran general. Era de complexión robusta, soldado valiente y entusiasta defensor de su país, de modo que sus compatriotas se vanagloriaban de poseer en él al general más valiente de Europa. La primera guerra en que se halló Duguesclín fué la de Sucesión en Bretaña; atrajo luego la atención de su rey, Carlos V, quien vió en él al verdadero jefe que necesitaba para arrojar a los ingleses de Francia. Después del Tratado de Bretigny, las compañías blancas, compuestas de soldados mercenarios, se desmandaron y diéronse a robar y asesinar a los habitantes, dejando la región en tan lamentable estado, que el rey Carlos ordenó a Duguesclín librase el país de aquellos merodeadores. El bretón consiguió reunir a todas aquellas bandas de terribles aventureros y los condujo a una expedición contra *Pedro el Cruel*, rey de Castilla, cuyas crueldades dieron pretexto a su hermano bastardo, Enrique, para disputarle el trono, después de haber implorado el auxilio del rey Carlos de Francia. Vencido Pedro, fué atraído por Duguesclín a su tienda, y entrando en ella Don Enrique, empeñóse entre los dos hermanos una lucha cuerpo a cuerpo. Dícese que Enrique, que era menos fuerte, cayó debajo, pero que Beltrán les hizo dar la vuelta y le puso encima, diciendo: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», frase que ha llegado a ser proverbial.

Duguesclín, pues, salió victorioso de su empresa, pero habiendo sido enviado el Príncipe Negro por Eduardo de Inglaterra en favor de los partidarios de Pedro, algunas de las compañías blancas se pasaron al ejército de su jefe favorito, el Príncipe Negro; Duguesclín fué derrotado y hecho prisionero en la batalla de Navarrete, cerca del Ebro, en 1367, y llevado a Burdeos, en donde pronto se cansó del pesado cautiverio a que se le había sometido.

Refiérese que, yendo una vez a visitarle el Príncipe Negro, le dijo:

—¿Qué tal Beltrán?

—Bien—repuso éste,—porque dicen que soy el más grande caballero del



# EL INTRÉPIDO CARDENAL DE MILÁN

SE declara a veces en el Oriente una terrible enfermedad a la que dan el nombre de «peste», y que es una fiebre tifoidea en extremo grave y rápida, acompañada de terribles dolores y sufrimientos que generalmente terminan en la muerte. Algunos la atribuyen a lo malsano y cenagoso que queda el suelo de Egipto, después que las aguas del Nilo han bajado de nivel, y que perdura allí y en Siria, hasta que el frío de invierno viene a contrarrestar sus efectos.

A veces esta enfermedad se ha presentado infecciosa en extremo y entonces ha sobrepasado sus límites acostumbrados, extendiéndose hasta Occidente. Unos doscientos años atrás, esta terrible epidemia se declaraba más a menudo, debido a que la vida de las gentes era muy sucia y malsana, pues vivían todos amontonados dentro de las murallas de la ciudad y sin poder, en tiempo de guerra, salir del recinto fortificado. A menudo la peste seguía a la guerra, arrastrando a los infelices ya debilitados por la necesidad.

La desolación en una ciudad atacada por la peste era como un espantoso sueño. Todas las casas infectadas eran marcadas con una cruz roja, no permitiéndose la entrada a nadie. Los cadáveres eran arrojados en unas grandes fosas, sin plegarias ni ritos funerales, e inmediatamente cubiertos de tierra. Familias enteras morían a la vez, sin recibir otro auxilio que el que se prestaban el uno al otro, y sin ayuda de fuera. Los que tenían una probabilidad de vivir, perecían por falta de alimentos.

En tan terribles casos era cuando verdaderamente se veía si los pastores del rebaño afligido con la peste, eran verdaderos pastores o mercenarios. Así lo entendió el cardenal Carlos Borromeo, Arzobispo de Milán, que acostumbraba a predicar en el hermoso edificio que, como vemos en el grabado, se levanta sobre la gran ciudad, cuando en el año 1576, estando en Lodi, supo que la plaga se había extendido por su ciudad. Cosa extraordinaria; en aquella misma ciudad había cundido tal perversidad en los últimos años, que el Arzobispo había amonestado solemnemente al pueblo que, a menos de que se arrepintieran, atraerían sobre sí las iras del Cielo. Sus consejeros eclesiásticos, le recomendaron se retirase a algún lugar sano de la región, hasta que la peste hubiera desaparecido de Milán, pero él respondió:

—El deber de un pastor es dar su vida por sus ovejas y yo no puedo, en razón, abandonarlos en este tiempo de peligros.

Como él opinaron también los consejeros, que el estar al lado de los afligidos y asistirles era conducirse noblemente.

—¿No es el deber de un obispo el escoger la conducta más noble?—dijo este noble varón.

Así, pues, se volvió a la ciudad apestada, guiando al pueblo al arrepenti-

miento, velando con ellos en sus dolores, visitando los hospitales, y alentando a su clero con su ejemplo, a llevar los consuelos espirituales a lcs moribundos. Durante todo el tiempo que duró la peste, que fué cuatro meses, trabajó intrépida e infatigablemente, y lo más notable fué que de todos sus familiares sólo murieron dos, y aun éstos fueron personas que no habían sido llamadas a visitar enfermos.

Algunos ricos de la ciudad, que se habían refugiado en una hermosa quinta, donde pasaban el tiempo entregados a festines y diversiones, fueron atacados por la peste, muriendo todos; sus orgías y banquetes habían sido, sin duda, tan mala preparación para la peste, como la pobreza lo fué para los necesitados del pueblo, mientras que la vida severa y regular del cardenal y sus familiares, así como su aireado y espacioso palacio, les preservaron, sin duda, de la enfermedad; pero según las ideas de aquellos tiempos, no podía ser sino debido a un milagro la seguridad de la vida de quien diariamente predicaba en la catedral, se acercaba a la cama de los atacados para darles alimento y medicinas, y administrábales los últimos Sacramentos de la Religión, y después de su muerte arrostraba el peligro del contagio antes que permitir fuesen los cuerpos a la sepultura común, sin la bendición. Aun más, tan lejos estaba de buscar la salvación de su vida que, estando



LA COLOSAL ESTATUA DE SAN CARLOS BORROMEO, EN EL PARQUE DE ARONA, ITALIA
Es esta una de las mayores estatuas del mundo; mide 34 metros de alto y fué erigida en 1697 en una altura de la ciudad de Arona, sobre el bello lago Maggiore. Es tan grande que se puede subir por el interior de la estatua, que es hueca, y permanecer en pie dentro de la cabeza de la misma.

arrodillado un día ante el altar mayor de la magnífica catedral, solemnemente ofrecióse en sacrificio, como Moisés, en aras del bien de su pueblo; pero, lo mismo que Moisés, Carlos Borromeo salió indemne de la peste, así como sus veintiocho sacerdotes.

Por ello, una de las mayores glorias que nos recuerda la blanca catedral de mármol de Milán, es la memoria de San Carlos Borromeo, que practicó la misericordia con su pueblo y que arriesgó su vida en el cumplimiento de su deber de buen pastor de su rebaño.

# CARIDAD PRACTICADA EN SECRETO

PASEÁBASE un día el célebre publicista francés, Montesquieu, por los muelles de Marsella, y deseando cruzar el puerto, saltó a un bote de los muchos que allí se hallaban atracados y que estaba tripulado por un muchacho. Preguntóle quién era el patrón del bote, y el muchacho le contestó:

—Yo soy, señor; en los días de trabajo me ocupo en mi oficio de aprendiz de joyero, y los domingos alquilo esta pequeña embarcación para ganar algunos francos.

—¿Tan joven y tan avaro?—le dijo Montesquieu.—¿Ignoras que Dios nos manda trabajar seis días y descansar el séptimo?

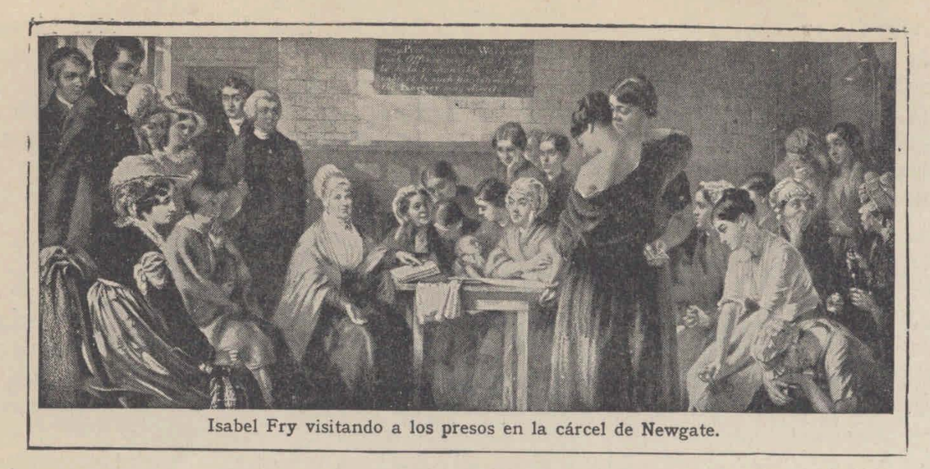
—Señor: mi padre, que era comerciante, fué hecho cautivo por los moros cerca de Esmirna y llevado a Tetuán, donde aun sigue esclavo, trabajando en los jardines del emperador de Marruecos. Nos piden cinco mil francos por su rescate y tanto mi madre como mis hermanos y yo, trabajamos sin descanso para reunir esa suma a fuerza de años y privaciones. Hace tiempo me ofrecí para ir a ocupar el lugar de mi padre procurándole así su libertad, pero mi madre, al saberlo, se opuso, prefiriendo que todos trabajemos hasta reunir el precio del rescate.

—¿Con qué nombre es conocido tu padre en su cautiverio? — preguntó Montesquieu.

—Con el mismo que tenía en Marsella: Roberto Laplace.

Montesquieu guardó silencio; y cuando saltaron en tierra se despidió del muchacho, poniendo en sus manos una bolsa que contenía algunas monedas. Éste fué a comunicar a su madre tan grata noticia y aquella familia continuó trabajando para llegar a reunir la deseada cantidad.

Algunos meses más tarde, hallándose un día todos reunidos a la mesa, ¡cuál no sería su sorpresa y alegría al ver aparecer ante ellos a Roberto Laplace! Ignoraba éste que no había sido su familia la autora de su rescate, y pensando entonces el muchacho en el caballero a quien refiriera la historia del cautiverio de su padre, se propuso no parar hasta dar con él. Lo halló al fin, y arrojándose a sus pies, se esforzó en hacerle ir consigo para recibir las bendiciones de toda aquella agradecida familia. Montesquieu trataba de convencer al muchacho de que estaba engañado y de que nunca lo había visto anteriormente; pero las manifestaciones de gratitud de aquél continuaron, logrando atraer a un círculo de curiosos transeuntes, entre los cuales pudo mezclarse Montesquieu, desapareciendo de la vista del muchacho. Nunca volvió a verlo, ni la familia pudo saber nada más acerca de él, hasta que, a la muerte del virtuoso hombre, sus herederos hallaron un asiento en sus libros por el que aparecía que, tiempo atrás, había enviado siete mil quinientos francos a un comerciante de Cádiz, no expresando el objeto de aquella remesa. Interrogado el comerciante por los herederos, contestó que había sido invertida, por orden de Montesquieu, en el rescate de Roberto Laplace, cautivo en Tetuán. El enigma quedó aclarado; y el mundo guarda el recuerdo de aquel sublime acto de virtud.


Isabel Fry visitando a los presos en la cárcel de Newgate.

# LA CARITATIVA VIDA DE ISABEL FRY

## Y cómo reformó las cárceles de Inglaterra

QUIZÁS el lector no haya visitado nunca una cárcel. Es indefinible la sensación que se experimenta cuando, al oir el ruido de la enorme puerta que se cierra detrás, se encuentra uno metido en un lóbrego recinto de altos muros, erizados de férreas púas en su parte superior, para impedir que los criminales puedan evadirse.

Hace cien años, lo mismo en Inglaterra que en otros países, era cosa terrible el estar preso; y en especial por lo que se refiere a las mujeres, era tan horrible, que ningún lenguaje puede describir lo que estas infelices padecían. Todas, así las inocentes como las culpables, las sentenciadas como las que esperaban su sentencia, las educadas y distinguidas como las tan abyectas que podían conceptuarse inferiores a los animales, eran encerradas juntas en una sola cárcel, en compañía de hombres desesperados y perversos.

Y todo esto lo cambió una sola mujer de corazón noble.

En aquellos días, vivía una dama cuáquera, llamada Isabel Fry, mujer profundamente religiosa, que cifraba su religión en procurar socorrer a los demás, pues estaba persuadida de que los malos se volverían buenos, si los ayudaran a la conversión. También ella había sido en otro tiempo vanidosa y aficionada a la frivolidad, y había conocido la dificultad de volverse seria y buena. Cuando alguien le preguntaba acerca del crimen de tal o cual preso, la señora Fry contestaba: « Nunca indago sobre los crímenes, pues todos tenemos los nuestros ». No se ocupaba en los crímenes, sino en las almas; miraba las desdichas de los encarcelados, no sus antecedentes penales.

Esta señora había oído hablar de los presos de Newgate, y pidió permiso para visitarlos. La primera vez que estuvo con ellos la acompañó el llavero; la segunda vez, los visitó sola. El alcaide le habló del peligro que corría, y le aconsejó no fuera allí con el reloj, pues él mismo no se atrevería a ir solo a este hervidero de criminales y malhechores. A pesar de esto, Isabel Fry fué sola y, con su jovial bondad y simpatía, ganó los corazones de las mujeres encarceladas. Por primera vez veían estas infelices a una buena persona que creía que también ellas podían ser buenas, y esto las confortaba.

Pronto se propuso Isabel establecer

una escuela entre estos terribles prisioneros. Esta idea excitó las burlas de los empleados de la cárcel, quienes auguraron a la dama que su intento sería un fracaso; pero se equivocaron, pues la escuela dió resultados en gran manera satisfactorios. Quiso luego procurar a los presos ocupación interesante, y de nuevo los oficiales dijeron que la idea era imposible; pero la organización del trabajo resultó también un gran éxito. Téngase presente que, aun entre las personas más buenas, ha sido considerada como verdad inconcusa que cualquier plan para regenerar a los miserables es inútil—y en realidad sería inútil *en sus manos*. Precisamente porque Isabel Fry *sabía* que sus planes no fracasarían, lograba llevarlos a feliz término. Tenía fe, sabía que Dios está al lado de los buenos y que el mal debe ceder al bien.

Esta buena mujer era hija de padres de muy buena posición y esposa también de un hombre rico, de modo que podía haber vivido una vida ociosa; podía haber mandado limosnas para contribuir a obras pías, y quedarse bien recreada en su casa; pero su caridad la llevaba a cuidarse de los más abyectos y a socorrer a los más desesperados. Era el ángel de las cárceles, y, gracias a ella, las prisiones de todo el mundo mejoraron de trato y conducta. Todas las detenidas en las cárceles deben bendecir el nombre de Isabel Fry.

En todas sus empresas partía del supuesto que una persona que obra mal debería ser tratada de modo que no se volviera peor, sino mejor, y que las cárceles no son para castigar, sino para mejorar. A los presos peores deseaba enseñarles que, si ellos querían, podían volverse mejores. El encarcelamiento es un castigo terrible y el ser aherrojado como una bestia fiera, es una indignidad espantosa; pero, aun en las cárceles, las cuales son necesarias, puede entrar el espíritu de Cristo.

## UNA MIRADA QUE CONFORTÓ A UN AMIGO EN DESGRACIA

He aquí el relato de una obra sencillísima de amor, que consoló a un mísero prisionero, dándole fuerzas para resistir a la desesperación durante los largos y penosos años que debía pasar en la soledad de la prisión.

Hace algún tiempo, un joven de esmerada educación vió caer el oprobio sobre su limpio nombre, a causa de cuantiosas deudas que había contraído.

Condenado a un largo encarcelamiento, pasó aún por la amargura de saber que todos sus antiguos compañeros habían formado el propósito de no volver a hablarle, cuando cumplida la condena fuese puesto en libertad.

Al cabo de unos meses, se le llamó ante el Tribunal, para responder a las preguntas del juez referentes a sus deudas. Un antiguo amigo se enteró por los periódicos de la mañana, que al día siguiente había de verse aquella causa ante la Audiencia de lo criminal.

La historia entera de su antigua amistad se le representó ahora conmoviéndole profundamente; la imagen de su amigo en desgracia le hizo olvidar los prejuicios que hasta entonces le habían retenido. Así, pues, acudió al Palacio de Justicia y se detuvo en el corredor que conducía a la Sala en que había de celebrarse la vista.

Escoltado por dos alguaciles, el infeliz prisionero avanzó por el pasillo, bajos los ojos por la vergüenza de ser visto, y al pasar junto al amigo de sus días dichosos, éste se descubrió con respeto. El desventurado prisionero vió aquel noble gesto y jamás lo echó en olvido Aquel porvenir suyo, que tan desesperado le pareciera, desde entonces se aclaró para él con un rayo de luz. Aun le quedaba un amigo, que en la desgracia no se avergonzaba de él.



En este notable cuadro del pintor austriaco Gabriel Max, aparece una valerosa virgen cristiana, arrojada a la arena en que en Roma tenían lugar las luchas entre las fieras y los gladiadores. Anhela morir por su fe. Vestida de blanco, envueltos la cabeza y los hombros en un manto negro, la mártir se halla de pie, con un brazo levantado y tocando el elevado muro que libra del peligro de las fieras a la muchedumbre. En su pálido rostro no aparece signo alguno de temor, al dirigir la mirada hacia arriba, agradecida por « el último recuerdo », una rosa que ha dejado caer algún amigo fiel. Un feroz leopardo se desliza por debajo de la reja de hierro que se abre a su izquierda, en el muro. Otro leopardo y una hiena se revuelcan por el suelo, a la derecha de la víctima.